

¿Qué es el Ecumenismo?

Carlos Mario Alzate, O.P.

Se hace necesario ir a la raíz etimológica del término para conocer su procedencia. Después, con ayuda de la historia, se puede llegar al sentido técnico que comienza a tener a principios de nuestro siglo entre cristianos de diferentes Iglesias y también en el catolicismo a partir del Vaticano II, para terminar diciendo lo que hoy podemos aceptar como *ecumenismo* y lo que no parece serlo o merecería otra denominación.

La palabra *oikoumene* pertenece al griego clásico y tiene que ver con la vivienda, el asentamiento, la permanencia. He aquí algunos términos —raíz de esta familia lingüística, extractados de la obra del padre Juan Bosch, *Para comprender el ecumenismo*, publicado por Verbo Divino en 1991.

- ◆ Oikos: casa, vivienda. Habitación, pueblo
- ◆ Oikeiotes: relación, emparentado, amistad
- ◆ Oikeiow: habitar, cohabitar, reconciliarse, estar familiarizado.
- ◆ Oikonomeo: administración, encargo, responsabilidad de la casa
- ◆ Oikoumene: tierra habitada, mundo conocido y civilizado, universo.

El punto de vista geográfico y locativo aparece entonces como el significado primigenio de la palabra, para luego asumir una perspectiva política: el colosal Imperio consolidado por los césares en torno al Mediterráneo, comunicado por una fina red de caminos, cohesionado por la cultura griega y la lengua latina y llamado a conquistar el mundo conocido en una estabilidad que los Santos Padres no pudieron más que considerar

providencial para el advenimiento del cristianismo y su asombrosa expansión.

La "*Pax Romana*" será por tres siglos el símbolo de la *Oikoumene*, es decir, de todos los pueblos que acepten vivir bajo la influencia del mundo civilizado, identificado con el Imperio Romano; fuera de este, la barbarie, las tinieblas.

El término *oikoumene* aparece también en la literatura bíblica: en el Nuevo Testamento se emplea unas 15 ocasiones, en algunas de las cuales recupera el viejo sentido del mundo (Hch 11,28) o de Imperio Romano (Lc 2,1). En la carta a los Hebreos se pone especial énfasis en el carácter transitorio de la presente *oikoumene*, para afirmar con fuerza la inminente llegada de una nueva y transformada *oikoumene* regida directamente por Jesucristo.

En este primer momento del kerigma apostólico, signado por una fuerte tensión escatológica, la *oikoumene* neotestamentaria parece entenderse como un proceso en continuo desarrollo que se inicia como "la tierra habitada", que va haciéndose "lugar habitable", la casa en la que cabe toda la familia humana y cuya realización no se agota en la provisionalidad de la historia. La respuesta del hombre en este mundo a la llamada de Dios, es como el germen de una nueva *oikoumene*, que viene como obra de Dios, pero con la colaboración humana.

En el cristianismo primitivo, el término —Siguiendo la trayectoria bíblica— es usado en las acepciones ya conocidas: Mundo, Imperio Romano, etc. Así por ejemplo, el autor del Martirio de Policarpo escrito la segunda mitad del siglo II, se refiere varias veces a "*la iglesia católica extendida por la Oikoumene*". La palabra se introduce en el lenguaje eclesiástico oficial cuando el concilio de Constantinopla (381) denomina al concilio de Nicea —celebraba en el 325— "*concilio ecuménico*". Desde ese momento el término "*ecuménico*" designa aquellas doctrinas y usos eclesiales que son aceptados como norma autoritaria y con validez universal en toda la Iglesia extendida por el orbe.

Con la caída del Imperio Romano, el término deja de tener obviamente connotaciones políticas y pasa a formar parte del vocabulario exclusivamente eclesiástico. Así por ejemplo, Basilio el Grande, Gregorio Nacianceno y Juan Crisóstomo, serán llamados los grandes "*Doctores ecuménicos*" y a partir del siglo IV se empleará para designar los concilios que hablan en nombre de toda la Iglesia.

Aclaremos aquí que la ecumenicidad de un concilio varía según la eclesiología que tenga de fondo: Para el catolicismo romano un concilio es ecuménico solamente cuando representa a toda la iglesia y sus decisiones son confirmadas por el Obispo de Roma; en cambio, para los ortodoxos, solamente será ecuménico cuando toda la Iglesia universal haya aceptado sus decisiones. De ahí que estas Iglesias hablen sólo de siete concilios ecuménicos, por que en ellos está expuesta la "doctrina ortodoxa" aceptada por todas las iglesias de Oriente y Occidente. Los que vendrían después. Las grandes asambleas medievales, serían sólo encuentros de una parte de la cristiandad.

Más tarde. La palabra se aplica también a los grandes credos de la antigua Iglesia, y así son llamados "credos ecuménicos" el denominado símbolo de los Apóstoles, el de Nicea y el de San Atanasio.

Tenemos que dar un gran salto, hasta el siglo XIX para que se añada un nuevo significado que con el tiempo tendrá la acepción técnica moderna. En efecto, en 1846 se constituye en Londres una alianza evangélica, con el fin de preparar un "*Concilio ecuménico universal*"; y si bien sus participantes pertenecen a diferentes denominaciones, en la clausura de aquel encuentro el pastor calvinista francés Adolph Monod no tendrá más que agradecer a los organizadores británicos "*el fervor de su piedad*" y el "*espíritu verdaderamente ecuménico*" que habían demostrado.

Durante la primera guerra mundial se alcanzó a sugerir la creación de una reunión internacional de iglesias con el apelativo de "*Ecuménica*" para intentar abordar el problema de la paz. Lo que se propone es la puesta en marcha de una especie de consejo ecuménico de las iglesias, idea que solo tomará cuerpo varios decenios después. Pero la palabra adquiere ya una nueva acepción: La relación amistosa entre iglesias con la finalidad de promover la paz internacional, de tratar de la unión de varias Iglesias, e incluso de generar el espíritu de acercamiento entre cristianos de diversas confesiones.

La conferencia de Estocolmo 1925 usa con más liberalidad el vocablo sin que despierte reticencias por parte de los alemanes, suecos y franceses. Más dificultades hallan los cristianos de lengua inglesa, que prefieren emplear los términos "mundial" o "universal". La razón es obvia: En la tradición inglesa "ecuménico" se asocia muy fuertemente a los "concilios ecuménicos" lo que dificulta su empleo para designar cualquier otro significado.

Tenemos entonces que a las primeras acepciones de tipo geográfico cultural y político y después eclesiástico, se añade en este siglo una concepción dinámica que ve en el ecumenismo un aspecto fundamental de la tarea misionera y un deseo progresivo por alcanzar la unidad de las distintas iglesias separadas durante siglos.

1.1. Un intento de definición del ecumenismo

Siguiendo a los autores más reconocidos, recordemos algunas descripciones tanto desde la órbita teológica como desde la sociología religiosa.

a) *Desde la experiencia cristiana*

Renunciando a la pretensión de formular una definición precisa que no agotaría nunca las virtualidades de un proceso tan complejo, los estudiosos prefieren adelantar descripciones de lo que prefieren llamar movimiento ecuménico.

- ♦ Según el Padre Congar, pionero en este campo como en otros, sería el conjunto de sentimientos, de ideas, de obras e instituciones, de reuniones o de conferencias, de ceremonias, de manifestaciones y de publicaciones que tienden a preparar la reunión, no solamente de los pancristianos, sino de las diferentes Iglesias actualmente existentes, en una nueva unidad. (Cristianos desunidos, citado por Bosch en su *op. Cit.* Pág. 12).

Y con una intención genial, escribía en 1937, veinticinco años antes del Concilio: El ecumenismo comienza cuando se admite que los otros —y no solamente los individuos, sino los grupos eclesiásticos como tales— tienen también razón aunque afirmen cosas distintas que nosotros; que poseen también verdad, santidad, dones de Dios, aunque no pertenezcan a nuestra cristiandad. Hay ecumenismo... cuando se admite que otro es cristiano no a pesar de su confesión, sino en ella y por ella (*Cristianos desunidos*, VD 1967, págs. 214-215).

- ♦ El ecumenismo es un movimiento suscitado por el Espíritu Santo con vistas a restablecer la unidad para que el mundo crea. Allí entrarían todos los que confiesen una fe trinitaria, acepten a Jesucristo como Señor y Salvador y aspiren a una Iglesia universal enviada al mundo entero para anunciar el Evangelio. He aquí también los elementos básicos que debe tener cualquier comunidad eclesial que aspire a formar parte del Consejo Mundial de Iglesias.
- ♦ Es una actitud de la mente y de corazón que nos mueve a mirar a los hermanos separados con respeto, comprensión y esperanza.

- ♦ Es la confrontación fraterna de los cristianos divididos, pero hermanos... en un esfuerzo de amor cristiano para dar y recibir el testimonio del evangelio.
- ♦ Finalmente, la *Unitatis Redintegratio* después de reconocer que es iniciativa de Dios y que alrededor del mundo muchos cristianos con la oración, la palabra y la acción, luchan por alcanzar la unidad plena querida por Jesucristo, y de exhortar a que sea leído como un signo de los tiempos, define el movimiento ecuménico como el conjunto de actividades y empresas que conforme a las necesidades de las iglesias y las circunstancias de los tiempos se suscitan y se ordenan a favorecer la unidad de los cristianos (UR 4).

De lo anterior podemos recabar tres elementos esenciales:

- ♦ Originalidad: Es una experiencia original y sin precedentes en la historia del cristianismo luego de siglos de polémica, sólo posible gracias a la convicción de que ninguna concreción humana agota el misterio de la Iglesia querida por Dios como sacramento universal de salvación.
- ♦ Aptitud y voluntad de diálogo más allá de posiciones dogmáticas inmovibles. El reconocerse a pesar de las diferencias es ya un gran logro y el saber reconocer con humildad las grandes diferencias es un reto a la creatividad para no caer de nuevo en condenas fáciles. En un segundo momento aparece la estructura o el estudio sistemático.
- ♦ Movimiento espiritual: Sabedores de las grandes dificultades que desde una perspectiva meramente humana parecerían insalvables, se asume una actitud orante. Al fin y al cabo la plegaria es el alma del ecumenismo (UR 8).

Efectivamente, esfuerzos como la Semana de oración por la unidad, que va cobrando cada vez más arraigo en América Latina, sirven para conocernos mejor, afrontar el reto de abordar nuestras divergencias doctrinales y pensar entre todos el desafío de una postmodernidad que pretende superar la visión cristiana de la vida y de los valores.

b) Desde la sociología religiosa

Los especialistas ven al comienzo un movimiento social dirigido por personalidades carismáticas quienes trataron de superar las divergencias doctrinales y apuntar sobre la actividad social en momentos críticos como por ej. los vividos por la Europa de las dos guerras mundiales.

En una segunda fase se puede hablar de la institucionalización del movimiento bajo la guía de teólogos y de dignatarios de las iglesias. Ya no se trata del protagonismo de grandes intelectuales, sino de comunidades laicales que participan en intercambios o abren espacios a la oración o a la actividad caritativa bajo la guía de sus pastores.

Pero también hay que decirlo, estamos viviendo un momento de involución y a los años primaverales de la euforia por la unidad, ha seguido por una parte cierto cansancio ante los obstáculos tan formidables que se levantan, pero sobre todo, temor y perplejidad ante la proliferación de nuevos movimientos y ofertas espirituales que parecerían más aptos para responder a las inquietudes del hombre posmoderno y que exigirían a las viejas iglesias volver sobre sí mismas y afianzar lo que tienen de suyo en un mundo de relativismos, de crisis de identidad confesional y de sincretismos provisionales.

1.2. Diversidad de Ecumenismos

En otras palabras, la variedad de tareas ecuménicas sugiere en aras de la claridad, hablar de varios tipos de ecumenismo, siempre complementarios.

a) Ecumenismo institucional

Luego de la era de los pioneros a la que se hacía referencia antes y que llega hasta mediados de siglo, aparecen las estructuras oficiales como el Consejo Mundial de Iglesias con sede en Ginebra o el Secretariado Romano para la Unidad de los Cristianos (hoy Pontificio Consejo para la Promoción de la Unidad). Evolución necesaria en la búsqueda de instancias capaces de mantener viva la animación y la reflexión, pero con el peligro latente por una parte de confundir el ideal con acuerdos más o menos legales o entre jerarquías y por el otro, de caer en un burocratismo como el que aqueja al Consejo Mundial o de lentitud y excesiva prudencia, que sería la queja de muchos hermanos ansiosos de ir más rápido.

Una dimensión esencial dentro del ecumenismo institucional es el aspecto doctrinal, abordado hoy con decisión por comisiones de trabajo que hacen obsoleta la expresión acuñada en un comienzo: la acción une, la doctrina separa. Tentación que sin embargo encuentro hoy muy evidente cuando por ejemplo en América Latina, los agentes de distintas comunidades eclesiales nos dedicamos con ardor a la lucha por la

justicia, participamos en organismos no gubernamentales de derechos humanos o aportamos mancomunadamente en proyectos de desarrollo, pero dejamos de lado las cuestiones doctrinales.

Las comisiones mixtas de diálogo teológico y los resultados que van mostrando, pensemos por ejemplo en la reciente declaración luterano-católica sobre la justificación, constituyen la mejor prueba del interés de las comunidades cristianas por un diálogo ecuménico que no teme abordar los álgidos problemas doctrinales y poner la ciencia y la inteligencia teológica al servicio de la unidad.

b) Ecumenismo espiritual

Los textos litúrgicos de las comunidades católicas, ortodoxas, anglicanas, protestantes poseen bellas plegarias para invocar al Espíritu Santo el don de la unidad. La oración compartida permite sentirse ya unidos, aunque todavía no sea posible la proclamación de pertenencia plena a una comunidad eclesial unida y la misma conciencia de una tradición orante, piénsese por ejemplo en los grandes maestros de la vida espiritual de Oriente, hace más apremiante el ansia de que la Iglesia respire por los dos pulmones, Oriente y Occidente, como tan bellamente lo dice el Papa Juan Pablo II en *Oriente Lumen*.

La sola experiencia de orar con una liturgia elaborada por hermanos de otra confesión (Este año la Semana de Oración giró en torno a una celebración de la Palabra propia de los luteranos escandinavos) como que anticipa esa universalidad que hoy más que nunca debemos esgrimir en un mundo tentado por el fraccionamiento y los nacionalismos exacerbados.

c) Ecumenismo local

Significa sencillamente la presencia de la base, la entrada de los laicos, como prueba de que no sólo es un asunto de especialistas, de clérigos o de las jerarquías. ¿De qué serviría un ecumenismo de peritos, si no fuese también una experiencia cristiana vivida por el pueblo de Dios?

Se manifiesta ciertamente en reuniones de oración, grupos bíblicos, encuentros de matrimonios mixtos o de delegaciones diocesana y parroquiales. Pero sobre todo, es el tener que compartir la dureza del diario vivir y organizarse para reivindicar legítimos intereses,

lo que ha llevado a muchos cristianos a compartir también su pluralismo religioso y a superar una visión competitiva o antagonística, lo que en cierta forma lleva a profundizar en lo específico y a esforzarse en conocer mejor la propia doctrina.

2. ¿De qué unidad se trata?

En la unidad se halla precisamente el núcleo del problema ecuménico, de ahí la centralidad de la oración sacerdotal de Jesús pidiendo que sus discípulos sean uno como el Padre y él son uno (Jn 17,21).

¿Qué tipo de unidad deseaba Jesús para sus discípulos? Cualquier respuesta que se pretenda deberá tomar en consideración por una parte, la dimensión teológica, es decir, una comunión tan estrecha como la que existe entre el Padre y Jesús mismo; y la dimensión sacramental, o sea, la fuerza testimonial respecto al mundo.

2.1. Buscar la unidad conservando la propia identidad

Nadie pone en duda la convicción de que la manifestación visible de la unidad cristiana es dimensión esencial de la comunidad de Jesús y de que cualquiera sea la justificación a las rupturas del pasado, estas no dejan de ser un escándalo y un obstáculo formidable a la obra evangelizadora. De ahí precisamente el empeño en el que están implicadas hoy casi todas las familias cristianas para superar la herida de la separación.

El segundo componente contrasta con el dato anterior: se trata de salvaguardar la fidelidad a la tradición de la propia confesión, es decir, el deseo de mantener la propia identidad. Ambos son polos dialécticos de una misma realidad.

2.2. Modelos de unidad

No se trata de una fusión que uniforme las diferentes estructuras litúrgicas y doctrinales o que busque formar un bloque común cristiano para enfrentar la cultura del nuevo milenio adveniente. Tampoco se trata de crear la unidad sino que ya está dada, tiene su manifestación en pentecostés y alcanza a toda la humanidad y aquí caben las palabras

de un precursor anglicano del movimiento ecuménico: si no estuviéramos ya unidos, no experimentaríamos la nostalgia de la separación.

Esta es pues una primera convicción: Existe una unidad profunda invisible ya desde el momento mismo de la creación que nuestras divisiones no pueden destruir. Y que si en el pasado se agudizaron, es ahora imperativo de nuestra propia identidad, luchar por recomponer, a fin de que el Reino de Dios se haga más cercano a las expectativas humanas.

Unidad visible que se manifiesta de un triple modo:

- ♦ En la profesión de una fe cuyo contenido es custodiado por la Iglesia e interpretado dentro de ella para crecimiento de todos los bautizados.
- ♦ En una unidad litúrgica y sacramental dentro de un espíritu de libertad, tal como se ha venido viviendo desde los orígenes mismos de la predicación apostólica.
- ♦ En una unidad de vida comunitaria que lejos de ser una estrategia, es una realidad misteriosa que se nutre de múltiples imágenes bíblicas como cuerpo de Cristo, el pastor con su redil o la vid y los sarmientos.

Lo anterior significa que la unidad es un don, pero es también tarea y responsabilidad, de otra manera no tendría sentido que Cristo hubiese hecho de la unidad objeto de su oración. Además existen signos visibles de unidad que ya unen a comunidades eclesiales con otras, y que sirven para acercar cada día más a los cristianos de diferentes confesiones al punto de poder decir que son más los elementos que nos unen que aquellos que nos separan:

- ☐ La Biblia como palabra inspirada por Dios.
- ☐ El Bautismo, reconocido válido entre las iglesias históricas.
- ☐ La plegaria común.
- ☐ La confesión del símbolo de los apóstoles.
- ☐ La estructura episcopal.

Los distintos organismos como el Consejo Ecuménico de las Iglesias, el Pontificio Consejo para la Promoción de la Unidad o la Christian World Communions.

A este punto debemos aclarar que lamentablemente muchas comunidades quedan marginadas de este diálogo en cuanto no aceptan

estos puntos nucleares de nuestra fe o su misma razón de ser y de actuar, sectaria y proselitista por naturaleza, los hace impermeables a cualquier acercamiento, y más aún combaten abiertamente el ideal ecuménico.

Tampoco podríamos hablar simplistamente de un macro-ecumenismo que consistiría en querer cobijar todas las religiones y tendencias espirituales, hasta incluso disimular las diferencias o a subordinar la conciencia de constituir el cristianismo la máxima revelación de Dios. Aquí entra el diálogo interreligioso con todas sus potencialidades en orden a aportar al mundo signos de esperanza. Pero este acercamiento a las grandes religiones monoteístas, a las milenarias tradicionales del Oriente y últimamente a las religiones indígenas o precolombinas, no debilita, sino que por el contrario perfecciona, el mandato de anunciar a Jesucristo y de inculturar su mensaje en todos los pueblos de la tierra, conscientes de que el mensaje cristiano lleva a la madurez las riquezas culturales y las reservas espirituales de los pueblos.

Conclusión

Mirado en forma negativa la división visible de los cristianos seguirá siendo una dura contradicción al designio del Señor y un obstáculo insalvable a la auténtica evangelización. En forma positiva sin embargo, la podemos asumir como uno de los mas grandes desafíos a una institución dos veces milenaria, constituida por hombres pecadores, pero a la vez protegida por una promesa divina de salvación y mientras peregrine en la tierra, asistida por la gracia del Espíritu Santo...

La división actual exige tomar conciencia de ella: se dan divergencias en la interpretación con respecto a Cristo, al papel de Padre, a las relaciones entre las divinas Personas... y esto ya en vida de los apóstoles; la diferencia de actitudes con respecto a la comunión entre las comunidades, primado, a la forma de ejercer la autoridad. No podemos pasar por alto las diferencia de formulación doctrinal, de estructura administrativa, de culto, de psicología...

Y sin embargo, en los albores del tercer milenio de anuncio cristiano *El Señor de los siglos, que sabía y pacientemente continúa el propósito de su gracia sobre nosotros pecadores, ha empezado*

recientemente a infundir con mayor abundancia en los cristianos desunidos entre sí el arrepentimiento y el deseo de la unión (UR 1). Y esta obra ha sido tomada con renovado ímpetu y vigor por un hombre providencial como es Juan Pablo II al punto de hablar de un proceso irreversible.

Quiera Dios que este signo de los tiempos, tan ardientemente abrazados por la cabeza visible de la iglesia como elemento constitutivo de la Nueva Evangelización, encuentre eco en todos los miembros de la Iglesia y buena voluntad en las comuniones eclesiales que junto a nosotros buscan realizar el ideal de la unidad para que el mundo se convierta y crea.

[Tomado de Revista «MEDELLÍN», Colombia, Vol. XXIII, 91 (Septiembre 1997), pp. 361-372]